pias y ajenas sobre *Casiano* y *Casiodoro*. El P. Debognie nos da un buen estudio sobre *Santa Catalina de Génova*, y M. H. Laurent, sobre *Santa Catalina de Sena*.

J. BLÁZQUEZ.

Dictionnaire de Droit Canonique contenant tous les termes du Droit canonique avec un Sommaire de l'Histoire et des Institutions et de l'état actuel de la discipline, publié sous la direction de R. NAZ, avec le concours d'un grand nombre de collaborateurs.—Fascicule XXIV, *Disparité de Culte-Drois Acquis*. París, VI, Librairie Letouzey et Ané, 87, Boulevard Raspail, 87.—1949.

Con este fascículo se completa el volumen cuarto de la Enciclopedia del Derecho canónico, que tan relevantes servicios lleva prestados y prestará en el futuro a los especialistas y a los estudiosos de esa materia.

El peso de la colaboración lo ha llevado en este fascículo el Dr. R. Naz, director del Diccionario. De los 35 artículos que integran el fascículo, 24 han salido de su pluma enteramente y otros dos los ha escrito en colaboración. Destacamos: *Dispensa*, *Divorcio*, *Domicilio*, *Donaciones*, *Duda* y *Derecho canónico*. A este último se añaden a manera de complementos, pero en artículos independientes: *Derecho común*, *Derecho germánico*, *Derecho romano*. Termina su colaboración y cierra el fascículo el artículo *Derechos adquiridos*.

Dignos también de mención son los artículos: *Disimulación*, *Doctor*, *Doctrina*, *Dolo*, del canónigo Lefebvre; el de P. Bouchet sobre las *Constituciones de los dominicos* y el de Lemosse sobre la evolución histórica de la teoría del *Dolus*.

J. BLÁZQUEZ.

MARTÍN GRABMANN: **La filosofía de la cultura de Santo Tomás de Aquino.**—Traducción del alemán y prólogo por OCTAVIO NICOLÁS DERISI.—Segunda edición castellana revisada, 224 págs. Colección "La Vida Cristiana". Editorial Poblet, Buenos Aires, 1948.

Por segunda vez aparece en lengua castellana la interesante y jugosa obra del doctor Grabmann, cuya primera edición obtuvo un éxito rotundo. Tanto el autor como el traductor son universalmente conocidos por su ferviente adhesión al tomismo; por eso la obra resulta un esbozo acabado del tema de la cultura en Santo Tomás.

El libro, que tiene su origen en un discurso pronunciado por su autor con motivo del centenario de la canonización del Doctor Angélico, presenta un cuadro de conjunto de la filosofía de la cultura, cuyos motivos, formas y colores han sido siempre tomados de la estructura del pensamiento y de los textos originales del Santo.

Después de una rápida reseña de los actos conmemorativos del centenario, Grabmann presenta, en pinceladas maestras, un diseño de la personalidad cultural que caracteriza a Santo Tomás. El *Doctor Communis* nunca se cerró al influjo de la verdad, de la belleza y del bien, porque su inteligencia siempre estaba abierta e inclinada hacia el ser, vértice supremo de convergencia de todos los valores. Segu-

ramente ha tenido como pocos el sentido de la tradición y de la vitalidad histórica de la cultura. El Monasterio de Montecasino, la Universidad de Nápoles, las aulas dominicanas, la colosal enciclopedia viviente que fué Alberto Magno, preparan a Tomás para ser la encarnación más estupenda de la cultura de su gran siglo. Bachiller y maestro en París, en seguida su actividad se polariza en todas las direcciones a las que le atrae su vocación de fraile predicador. Por eso en la soledad de su celda conventual resuenan los ecos de todos los movimientos culturales de su tiempo.

Los fundamentos metafísicos, psicológicos y éticos de la filosofía tomista de la cultura ocupan el capítulo segundo de la obra de Grabmann; capítulo central, al que el autor concede mayor amplitud que a los demás. Las líneas generales de esta fundamentación tomista son radicalmente aristotélicas; la metafísica, la psicología y la ética del filósofo proporcionan a S. Tomás la orientación general en su teoría de la cultura. Pero Aristóteles es superado por el Doctor Angélico en su síntesis magistral de los principios aristotélicos con el contenido de la doctrina cristiana.

Eleva y corrige, en primer lugar, la metafísica aristotélica. La concepción teológica del mundo es perfeccionada por la doctrina cristiana de la Divina Providencia y gobierno del mundo y la acción de Dios en cada ser operante. De ahí el optimismo tomista en la concepción del mundo, la unidad en la multiplicidad y, de consiguiente, el orden y la paz. Sólo a la luz de la Providencia es posible la explicación del mal en el mundo. Es que el sentido profundo de la existencia no puede encontrarse fuera del fin último y trascendente que es Dios. El mundo aparece ante los ojos del Aquinate como un conjunto de cosas a la mano, que por medio del hombre ha de alcanzar su última finalidad. Todas las cosas son reflejo de la bondad divina, pero sólo la creatura racional es "capaz" de Dios, ya que por la actividad de su conocimiento y amor puede alcanzar a Dios. Tal es el orden del mundo para Tomás. Y este orden externo, que hace del mundo un "cosmos", el Aquinate quiere que se refleje en la vida del alma humana. El orden es justamente uno de los fundamentos que él toma para la división de la "sabiduría humana" que es la filosofía: orden real, orden de razón y orden de las acciones humanas.

Pero el punto central desde el que se puede contemplar el pensamiento de Tomás en sus más íntimas relaciones y leyes es la metafísica del ser. La doctrina sobre el ser ha sido calificada por Olgiati como *l'anima di S. Tommaso*. Porque la metafísica del ser otorga su fundamento óntico a los valores culturales. En Tomás, el mundo de los valores no está colocado más allá del ser, como acontece en Windelband y Rickert, sino que, por el contrario, todo conocimiento del valor está colocado, ónticamente cimentado y metafísicamente sostenido sobre el sólido fundamento del conocimiento del ser. Por eso el fundamento óntico de los valores culturales de la ciencia, de los ético-religiosos y de los estéticos están señalados en la deducción tomista del *verum*, *bonum* y *pulchrum* a partir del ser. Verdad y bondad y belleza, que en última instancia se remontan hasta la *Prima Veritas*, la *Summa Bonitas* y la *Infinita Pulchritudo*. La influencia de San Agustín se encaja en la huella de Aristóteles.

Los fundamentos psicológicos de la cultura en Santo Tomás son también aristotélicos, pero las teorías del filósofo son completadas con notas agustinianas. El

alma es la forma sustancial del cuerpo, de tal modo que con él forma un solo ser. Ni sola el alma ni solo el cuerpo hacen la esencia de hombre. De aquí la nobleza natural del cuerpo y su preparación para la transfiguración sobrenatural. El cuerpo es el compañero inseparable del alma, el amigo de su caminar hacia Dios. Además, el cuerpo desempeña su misión importantísima en la vida del alma. En el conocimiento sensitivo, el influjo del cuerpo es decisivo. Y en el conocimiento espiritual, la presencia del cuerpo determina la naturaleza sensible-espiritual del objeto formal propio del entendimiento humano. Por eso Tomás tiene en tanta estima la experiencia sensible y de la fantasía. Y lo que decimos del conocimiento ha de decirse proporcionalmente del apetito. También el goce corporal del apetito sensitivo tiene su alta misión que cumplir en la vida del espíritu y de la voluntad. Armonía maravillosa, que salva el valor de lo terreno y corporal sin rebajar en nada lo espiritual. Es que lo terreno tiene un fin trascendente y se ordena a la eternidad; el alma es forma subsistente, espiritual y personalmente inmortal. Aquí la superación de Aristóteles es completa.

En la fundamentación ética de la cultura, Santo Tomás vuelve también sobre la Etica y Política de Aristóteles; pero también aquí los reflujos cristianos y la Moral agustiniana elevan en seguida al Aquinate sobre el Estagirita. La Moral es la obra maestra de Santo Tomás. San Alberto, su gran orientador. En el aspecto ético es donde Tomás ha captado en su auténtica originalidad el alma helénica del Filósofo. Pero el coeficiente definitivamente determinante de la moral tomista es de orden teológico y sobrenatural, sin destruir ni apagar ninguno de los valores naturales. El movimiento de la creatura racional a Dios es el gran pensamiento unificante de la moral cristiana con el pensamiento de Santo Tomás. Por eso la bóveda que todo lo une en la moral, aquello que realmente es la *forma virtutum*, es la caridad. Bien entendido que en esta concepción ética están magistralmente señalados los horizontes de lo natural y sobrenatural con sus propias características y mutuas relaciones. "Tomás está convencido—escribe Grabmann—de que el hombre... debe ser ante todo un hombre cabal y total en lo referente a todas las obligaciones individuales y sociales para recibir con fruto el influjo de la vida sobrenatural de la gracia y la virtud", y "se ha alejado tanto de un naturalismo que deprime el orden sobrenatural como de un sobrenaturalismo exagerado, que desconoce la esencia y el valor de lo natural".

Puestos estos fundamentos, Grabmann analiza en particular cada uno de los valores de la cultura, siguiendo el esquema de Rickert, que él llena con la doctrina tomista. En la cumbre de los valores culturales hay que colocar los ético-religiosos. Santo Tomás ve en el hombre una pertenencia a Dios tanto por su origen como por la imagen que de él lleva impresa, principalmente en la vida superior de su espíritu, en donde alcanza su fin. Todas las demás facultades y funciones humanas, tanto externas como internas, han de contribuir jerárquicamente a la obtención de ese fin. La unión con Dios, perfecta en la vida futura, imperfecta en este mundo; el ideal religioso, que vence todos los obstáculos que impiden la adhesión a Dios; la vida social con sus valores económicos, políticos y sociales, fundamentados metafísicamente en la Providencia divina y psicológicamente en las diversas inclinaciones y disposiciones naturales; el estado religioso, que es "el más noble ideal de la vida,

el único valor absoluto cultural", son manifestaciones de perspectivas fecundas dentro de los valores ético-religiosos de la cultura.

La personalidad científica de Santo Tomás es la mejor encarnación del valor cultural de la ciencia; es el tipo del investigador y del maestro. Su inteligencia estaba abierta a la ciencia, y a ella se consagró, venciendo los prejuicios conservadores de recelo hacia las ciencias profanas y la filosofía. El averroísmo latino obligaba a los teólogos a ser cautos. Pero Santo Tomás busca la verdad donde quiera que ella se encuentre y se familiariza no sólo con los filósofos griegos, sino también con los judíos y árabes. En su concepción metafísica y en su teoría noética, las ciencias particulares encuentran su justificación más decidida. Pero si la ciencia y la filosofía poseen su propia autonomía y su esfera específica, viven, sin embargo, en perfecta armonía y subordinación a los valores científicos superiores de la fe y la teología.

A pesar de las poquísimas referencias a los valores estéticos en las obras de Santo Tomás, aún se puede estructurar una verdadera teoría estética tomista. Prueba de ello la inmensa literatura sobre el tema. Son bellas, enseña el Santo, las cosas cuya contemplación agrada. Es decir, que en la belleza hay que considerar dos momentos: objetivo y subjetivo. En el momento objetivo, Tomás señala tres cualidades en las cosas bellas: integridad, proporción y claridad; el *splendor ordinis* de que habla San Agustín. El momento subjetivo está constituído por el placer estético, que es distinto del placer producido por el bien. La belleza es un concepto universal y análogo, que se extiende desde la infinita belleza de Dios hasta la belleza del más mínimo de los seres; la belleza es un concepto trascendental.

Santo Tomás ha plasmado su concepción estética no sólo en sus obras científicas, obras acabadas de arte, sino también en sus inmortales poesías eucarísticas, "expresión rítmica de la espiritualidad" de su alma de santo. Pero donde más se manifiesta la fecundidad de la estética tomista es en su influencia decisiva en el arte del Medievo y del Renacimiento. Basta citar los nombres de Fra Angélico da Fiesole y Dante Alighieri.

No sólo su obra estética, mas tampoco su obra cultural acabó con la muerte de Santo Tomás; se multiplicaron sus discípulos; sus teorías científicas y filosóficas formaron un cuerpo orgánico de doctrina, transmitido con ferviente escrupulosidad, y sus geniales concepciones ético-religiosas pasaron a ser parte integrante en la organización de la Iglesia y de muchos Estados católicos. El mismo Renacimiento miró con simpatía a Tomás, llamándole, con Erasmo, *vir non suo tantum saeculo magnus*. La doctrina tomista es capaz de producir aquel grandioso renacimiento católico, que en España inició el dominico Fray Francisco de Vitoria.

En nuestros días, la cultura tomista se abre paso con decisión no sólo dentro de los ámbitos teológicos, sino también en los recintos de la filosofía, llegando a penetrar aun en ambientes ajenos al catolicismo.

Tal es el magistral estudio del llorado doctor Grabmann. Es solamente un esbozo de la fiilosofía de la cultura según las directrices tomistas; un esquema sobre el que puede construirse tomísticamente una completa filosofía de la cultura.

Completan la obra las notas, que forman una perfecta bibliografía del tema.

La traducción del doctor Derisi es clara y nítidamente castellana, con menos giros americanos que otras obras del mismo traductor. Felicitamos cordialmente

a Derisi por haber puesto al alcance del público de habla española este precioso trabajo y hacemos votos por que esta segunda edición tenga aún mejor acogida que la primera.

FR. ALEJANDRO DEL CURA, O. P.

GIGÓN, A. C., O. P.: **De la Personne.**—Imprimerie St.-Canisius, Fribourg (Suisse). 1949.

La claridad es una de las principales dotes pedagógicas que ha de tener el profesor. El P. Gigon demuestra poseerla en grado eminente.

Este corto tratado sobre la Persona, considerada en su dimensión metafísica, ha sido formado con los prenotandos filosóficos que le han servido de base en su explicación dogmática de la Trinidad y de la unión hipostática. Y es que han sido justamente las luchas trinitarias y cristológicas de los siglos IV, V y VI las que han ultimado la elaboración del concepto metafísico de la Persona.

Después de recorrer los diversos sentidos accidentales que ha tenido la palabra persona, llega el autor a la clásica definición de Boecio: *Rationalis naturae individua substantia.* Este es el fondo metafísico, latente en todas las otras definiciones de persona. La personalidad conviene, pues, a una naturaleza concreta, individual, sustancial, intelectual y subsistente. La personalidad es aquella perfección positiva que constituye al sujeto sustancial en centro de todo lo que en él hay y de todo lo que hace o con él se relaciona; por la personalidad recibe el sujeto la perfecta incomunicabilidad.

En la discusión escolástica sobre la esencia de la personalidad, Gigon se alista entre los partidarios de la "subsistentia" de Cayetano.

Una nota final sobre las consecuencias sociales que acarrea la desviación en la noción filosófica de la persona completa el presente estudio del profesor de Friburgo.

FR. A. DEL CURA, O. P.

GIGÓN, ANDREAS-CAROLUS: **De Analogía.** Praelectiones breviatae, quas, Deo auxiliante, in Universitate Frib. Helv. ad usum incipientium dabat. Typographia Canisiana Friburgi Helv. 1949.

El ilustre profesor de Friburgo P. Gigon, encargado de la cátedra de Teología Dogmática en la Universidad Católica de Suiza, publica, en un opúsculo de impresión impecable, unas notas sobre la analogía para ayudar a los que empiezan el estudio del Dogma. La analogía es absolutamente necesaria para comprender la Teología Dogmática, según se enseña en la tradición escolástica.

Dada la índole de los destinatarios, el autor se limita a exponer con claridad la doctrina tomista sobre la analogía, ilustrando con profusión de ejemplos su tratado. que es un resumen, quizás demasiado sintético, de los estudios publicados por el P. Santiago Ramírez, O. P., en la revista española *La Ciencia Tomista.*

FR. A. DEL CURA, O. P.